

POLÍTICA Y TINDER

POR INGRID SARCHMAN

Licenciada en Ciencias de la Comunicación y doctoranda en Ciencias Sociales en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Es docente del Seminario de Informática y sociedad en la Carrera de Ciencias de la Comunicación, UBA. También se desempeña como docente de Pensamiento contemporáneo en la Universidad del Cine y en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata. Es investigadora auxiliar en el Instituto de Investigaciones Gino Germani y miembro editorial de la revista *Artefacto, pensamientos sobre la técnica*, donde ha publicado diversos artículos sobre las relaciones entre modernidad y subjetividad técnica. Colabora actualmente en distintos suplementos culturales, como *Ñ*, *La Agenda de Buenos Aires*, *Revista Paco*, *Anfibia* y *Panamá Revista*.

I. Azar versus algoritmo

“Dos de cada tres parejas se conocen al chocar y ayudarse a juntar papeles” es el título de una nota publicada en “El mundo today”, un portal de noticias apócrifas de España¹. El artículo redactado en clave de sorna, sin embargo, tiene algo de verdad. Asume que el amor, en primera instancia, es eso que sucede cuando dos personas, por obra del azar se encuentran en un instante cualquiera. Esta idea de choque imprevisto puede encontrarse en la mayoría de las comedias románticas y en las novelas del género. Desde los clásicos hasta los más modernos el esquema que se repite es más o menos el mismo: chico conoce chica, cruzan miradas y sin importar cuáles sean las circunstancias, que en su mayoría son adversas, el destino se ocupará de que no puedan estar separados. Cuanto más hostil sea el contexto, más dramático será el desenlace, para mejor o para peor, el final siempre marcará que el amor en la mayoría de los casos triunfa, incluso cuando éste derive en muerte, literal o metafórica. La fórmula podría incluir variantes tales como chico conoce chico o chica conoce chica. Pero en un mundo donde las conexiones virtuales empatan o incluso superan a las reales, ¿es posible seguir hablando de encuentros fortuitos y azarosos en lo que al amor y al romance refieren? A simple vista, podría afirmarse que frente al avance de la virtualidad sobre la vida real, las relaciones íntimas se reformularán en conexiones previsibles. La figura del algoritmo, encarnada en aplicaciones “para conocer gente” reemplazaría al choque, eliminando el azar o cualquier otra coyuntura que pudiera provocar el encuentro. La contradicción entre lo analógico y lo digital no es nueva, al igual que la idea de la obsolescencia de la primera y su reemplazo por la segunda. Lo novedoso será repensar la hipótesis de sustitución para preguntarse cuáles son las operaciones reales de imbricación de unas sobre otras. En síntesis, la cuestión podría reformularse cuando se pone el acento en el desajuste entre las formas de lazo social y las técnicas circundantes. Si aceptamos la idea de una (no siempre feliz) convivencia entre lazo social y cálculo racional, el campo de análisis puede transformarse en un certero espejo de las contradicciones sobre las que se asientan las prácticas cotidianas.

Si la hipótesis de la convivencia es correcta, ésta podría demostrarse cada vez que se intente hacer una historiografía corta del surgimiento y desarrollo de las redes sociales. Basta con recordar el mítico relato sobre cómo el joven Mark Zuckerberg ideó Facebook a comienzos del siglo XXI para facilitar las conexiones entre sus compañeros. El cuento hace hincapié también en que todo no fue más que una jugarreta para “ganar chicas”. Sea como fuere, la idea de una plataforma que conectara a gente que no estaba en el mismo espacio viró hacia formas más específicas como Twitter, Pinterest, Instagram y otras tantas que pueden estar siendo creadas incluso ahora mismo mientras este artículo se escribe. En todas, más o menos específicas, se narra una historia personal, una autobiografía hecha de sentencias más o menos largas, fotos más o menos filtradas y videos más o menos editados. Todo vale a la hora de presentarse ante los demás en el espacio virtual. Un espacio que no deja de ser igual de real que su equivalente en carne y hueso. Porque después de diez años de conectividad constante sería falso suponer que hay una realidad “real” contrapuesta a una inventada. Realidad y virtualidad contribuyen a construir una subjetividad compleja. He aquí la primera premisa de la convivencia antes mencionada.

II. De la comunidad de las redes sociales a la pantalla customizada

Así, en los primeros años, las redes sociales se sostuvieron en una idea de plataforma social, casi como una comunidad de iguales donde cada participante era visible para el resto sin más requisito que un nombre, una foto y un cúmulo de contenidos acorde a la red elegida. Sin embargo, esta forma de constitución viró hacia una zona mucho más íntima justo cuando empezaban a emerger y desarrollarse los primeros smartphones. Evitando nuevamente una cronología más específica sobre la evolución de este tipo de dispositivos, podríamos sugerir que mientras los participantes de las plataformas iban especializándose en sus usos específicos, los teléfonos inteligentes las fueron incorporando entre sus aplicaciones básicas, transformando la pantalla en una vidriera pequeña y customizada del mundo disponible. El pasaje de la pc de escritorio a la notebook primero y al celular después no sólo modificó la cantidad de tiempo de uso sino la relación con el mundo online.

Conectarse desde una pc implicaba la decisión asertiva de sentarse y hacerlo, mientras que cuando la misma se da desde el teléfono, el gesto es contrario. Si va de suyo que el dispositivo móvil está siempre conectado, lo que se podría decidir, en última instancia, es apagarlo. Decisión que en la mayoría de los casos no se toma nunca. Acorde a lo que señala Jonathan Crary en su libro *24/7*;

*capitalismo tardío y el fin del sueño*² los smartphones quedan adosados al cuerpo de tal manera que ya no es posible diferenciar sueño de vigilia. El teléfono se vuelve un objeto tan próximo al cuerpo que transforma la relación con el entorno en un *continuum* de estímulos permanentes. Nuevamente, la vida online y off quedan encadenadas en un relato sin solución de continuidad.

En ese proceso se produjo una paradoja que fue, no obstante, naturalizada y neutralizada. Los teléfonos, que en su origen se había inventado para hablar, incorporaron tantas posibilidades que aquella vieja costumbre de “discar” no sólo se volvió obsoleta sino también incómoda. De pronto, hablar se convirtió en la última de las elecciones a la hora de comunicarse con otros. Pero ese aspecto fue apenas la punta de un ovillo mucho más largo y enredado. Porque a las posibilidades de conexión ilimitada se le sumó la opción de las aplicaciones. Algo así como programas específicos para acciones concretas del usuario. En poco tiempo, la memoria del teléfono se convirtió en el backup de las trayectorias cotidianas y personales. De saber cuántos grados hay en la habitación sin necesidad de buscar un termómetro a llevar un control de las calorías o de los días de ovulación, todo se volvió posible a la hora de cubrir las necesidades singulares de cada uno y todo dentro del mismo espacio virtual. En ese contexto, era cuestión de tiempo que se inventaran aplicaciones específicas para conocer gente. Y si bien esto ya existía en el imaginario de las redes sociales, ellas se erigieron bajo la égida de la búsqueda a medida y con objetivos a corto plazo y específicos. Y si bien una de las pioneras fue Grindr, una aplicación orientada al público gay, sería reduccionista pensar que la búsqueda inmediata y a medida quedaría limitada a un grupo reducido y endogámicamente afín. En la cronología de este tipo de aplicaciones podríamos mencionar unas cuantas, pero tal vez haya sido Tinder, allá por el verano de 2014, quien hizo visible la existencia de un mercado y de un público dispuesto a elegir pareja desde la pantalla del teléfono sin más compromiso que un click con forma de corazón.

III. De la exposición a la elección

La lógica de las aplicaciones para conocer gente es sencilla porque sólo exige tener un perfil de Facebook como garantía de existencia en el mundo virtual. De esa plataforma, Tinder toma algunos datos básico por defecto, como nombre, edad y selecciona en random algunas fotos. A partir de este perfil básico, el usuario podrá modificar o agregar lo que desee, pero nunca podrá desligarse de él. Así, no sólo estará habilitado a cambiar las fotos que el sistema ha seleccionado sino a agregar

las que considere que resulten más atractivas a los fines buscados. En la web existen muchas páginas con consejos³, tales como elegir fotos que no estén borrosas o en las que se posa sin compañía, alguna que refleje intereses, lugares visitados de fondo o deportes practicados. También se sugiere escribir una breve biografía sobre uno mismo, aunque recomiendan que “si no puedes pensar en un buen perfil, déjalo en blanco. De todas formas, la mayoría de las personas sólo miran las fotos”. Este consejo, que podría haber funcionado en los inicios de la aplicación y cuando aún se la percibía como una herramienta para la concreción de encuentros casuales, resulta incompleto a la hora de pensar en la dinámica de los usos.

Si se admite que las prácticas virtuales se vuelven cada vez más específicas y los usuarios/ consumidores se transforman en “profesionales” de la selección, restringir la elección a una foto con buenos filtros es, por lo pronto, subestimar al elector. En principio porque si bien es cierto que en sus comienzos Tinder sólo proponía encuentros casuales pergeñados en la trampa y oscuridad virtual, de a poco, y en concordancia con la hipótesis sostenida más arriba en la convivencia de lo real y virtual, fue volviéndose una herramienta más para conocer gente y en ese sentido, adoptó las mismas reglas que su par real: que la primera impresión sea por los ojos pero que después eso pueda sostenerse con otras cosas. En la misma página que se sugiere poner algunas líneas sobre uno mismo, se advierte que gran parte de la información ya está contenida en Facebook, razón por la cual, es probable que el algoritmo que busque coincidencias entre distintos perfiles, se centre en preferencias, “me gusta” otorgados y páginas visitadas. De manera que con o sin intención, se supone que los perfiles mostrados en base a edad, gustos y consumos son el resultado de un lápiz afinado con la precisión de un bisturí. Tal vez ésa sea la razón por la cual en algunos casos hasta se aconseje poner la adscripción política. Aún más, en épocas donde se impone el relato de la “grieta” advertir al posible interesado la preferencia política no es sólo una etiqueta. El ingreso de esta esfera en el perfil virtual constituye toda una declaración de principios con respecto al imaginario sociocultural perteneciente y, por qué no, a una nueva endogamia.

IV. Del cálculo al afecto

Si lo desarrollado hasta aquí se orientó a pensar las formas de relación amorosa en un marco virtual específico y los modos en las cuales los perfiles exhibidos se eligen o se descartan, el ingreso de la imaginación política brinda un elemento extra para pensar en esta elección. Y lo hace toda vez

que delimita el terreno de los sentidos otorgados a las prácticas. La juntura entre amor y política no es novedosa en la medida en que ambos interpelan al sujeto en su afectividad. En palabras de Ernesto Laclau⁴ es la dimensión afectiva la que posibilita la construcción de la hegemonía. Ningún lazo político puede sostenerse sin ese componente libidinal que logrará, más allá –o a pesar– de la racionalidad circundante, amalgamar una comunidad de sentidos. Como se sostuvo más arriba, la representación de la política constituye un imaginario tan potente que en la mayoría de los casos no necesita más que la exhibición de pocas imágenes para producir acuerdo y consenso.

David Runciman⁵ en su libro *Política* sostiene que “(la política) se define por la elección en un marco de restricción y la restricción en un marco de elección”. Un juego de palabras que acentúa que cada decisión no se produce ni en un limbo ni en un campo de infinitas posibilidades, sino que se actúa conforme a lo existente. Por eso, la democracia occidental, escenario para el productor y consumidor de relaciones amorosas, es una ficción sostenida por todos los actores. Mientras se erige sobre la idea de “libertad absoluta”, ofrece apenas escasas alternativas, percibidas, no obstante, como la totalidad. Si trasladamos esta lógica a las elecciones amorosas ofrecidas en una pantalla, la fórmula se mantiene, especialmente porque a primera vista, el objeto/sujeto seleccionado parece ser la mejor opción entre todas las posibles. El algoritmo se halla de parabienes toda vez que muestra la eficacia y rapidez de los sistemas tecnológicos, en contra de la lentitud de los sistemas tradicionales. La fórmula podría resumirse en la sentencia: “¿Quiere encontrar pareja? Acá le presentamos todos los candidatos posibles, usted podrá elegir el mejor en base a toda la información que aquí le presentamos”. La adscripción política, con su carga de afectividad, resume como pocas, ese imaginario compartido entre locador y locatario, reduciendo los márgenes de error.

Y sin embargo, cuando se consultan las tasas de efectividad de encuentros consumados se cae en la cuenta de que el azar no sólo mete la cola sino que obliga a reformular los términos. Si en el terreno del amor como en el de la política todo empieza con un acontecimiento, un encuentro entre individuos con un fin común y cuya meta es experimentar la diferencia, una vez producido, aquello que motiva en un caso, fracasa en el otro. Si tal como afirma Alain Badiou⁶ la meta de la política es saber lo que el colectivo es capaz, es decir, su límite y por ende, sus diferencias; en el amor, la diferencia es la que mantiene (o debería mantener) la continuidad del amor. Lo que en un caso asegura el cierre al interior de un grupo de iguales materializado en la figura liminal del antagonista, en el segundo produce el fracaso. Si aceptamos la hipótesis de Badiou, la afinidad política que une,

en un primer caso, provoca en las relaciones amorosas su ruptura. Una idea que se ve reforzada a la hora de pensar que los orígenes de la política se sostienen más en un control del odio y menos en la propulsión de relaciones amorosas.

Así, retomando la idea propuesta al comienzo donde el encuentro amoroso no tiene más origen que el azar, al unir los términos presentados, queda en evidencia que el avance tecnológico sobre las vidas personales, o mejor dicho, las maneras en las que los individuos se adaptan a los distintos entornos tecnológicos, el desfase no puede pasar desapercibido. Todo sucede como si a la especialización del algoritmo, a sus cada vez más refinados procesos de búsqueda, se le enfrentara un elemento extramaquínico pero también extrapolítico. De manera que si las formas de la práctica política pueden pensarse en simultáneo con los instrumentos y dispositivos técnicos, y hasta en algunos casos propiciar las afinidades (abundan los casos donde se forman grupos en redes sociales para convocar marchas, iniciativas específicas o reuniones, así como también la creación de una fan page para tal o cual candidato), a la hora de pensar en encuentros amorosos el sistema corre el riesgo de tirar "404 not found".

Las afinidades políticas, o el culto a la personalidad de un líder, nunca podrían garantizar el éxito amoroso posterior, así como tampoco una foto o frase atractiva. Tal vez porque, cuando los datos virtuales quedan expuestos y las identidades se construyen a conciencia, se produce un efecto de seguridad y confianza donde nada tiene que ver lo irreductible del encuentro con otro en su singularidad. Singularidad de la que por ahora los algoritmos, aunque lo intuyan, no han encontrado la fórmula de secuencias.

Notas

¹ Véase: http://www.elmundotoday.com/2017/04/dos-de-cada-tres-parejas-se-conocen-al-chocar-y-ayudarse-a-recoger-los-papeles-del-suelo/?utm_content=buffer11d70&utm_medium=social&utm_source=twitter.com&utm_campaign=buffer (junio de 2017).

² Crary, J. (2015). *24/7; Capitalismo tardío y el fin del sueño*. Buenos Aires, Editorial Ariel.

³ Al momento de buscar en la web "consejos para Tinder", Google ofrece más de 300.000 entradas. A modo de ejemplo ofrecemos tres links (búsqueda de junio de 2017): a) <http://tinderopiniones.com/trucos/>; b) <https://www.diariocritico.com/trucos-consejos-para-tinder-ligar>; c) <http://es.wikihow.com/coquetear-en-Tinder>.

⁴ Laclau, E. (2008). "Atisbando el futuro", en Critchley, S. y O. Marchart (comp.), *Laclau: aproximaciones críticas a su obra*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

⁵ Runciman, D. (2014). *Política*. Madrid, Editorial Turner.

⁶ Badiou, A. y N. Troung (2015). *Elogio del amor*. Buenos Aires, Paidós.